

Nuevas calificaciones para la inserción en el mercado de trabajo

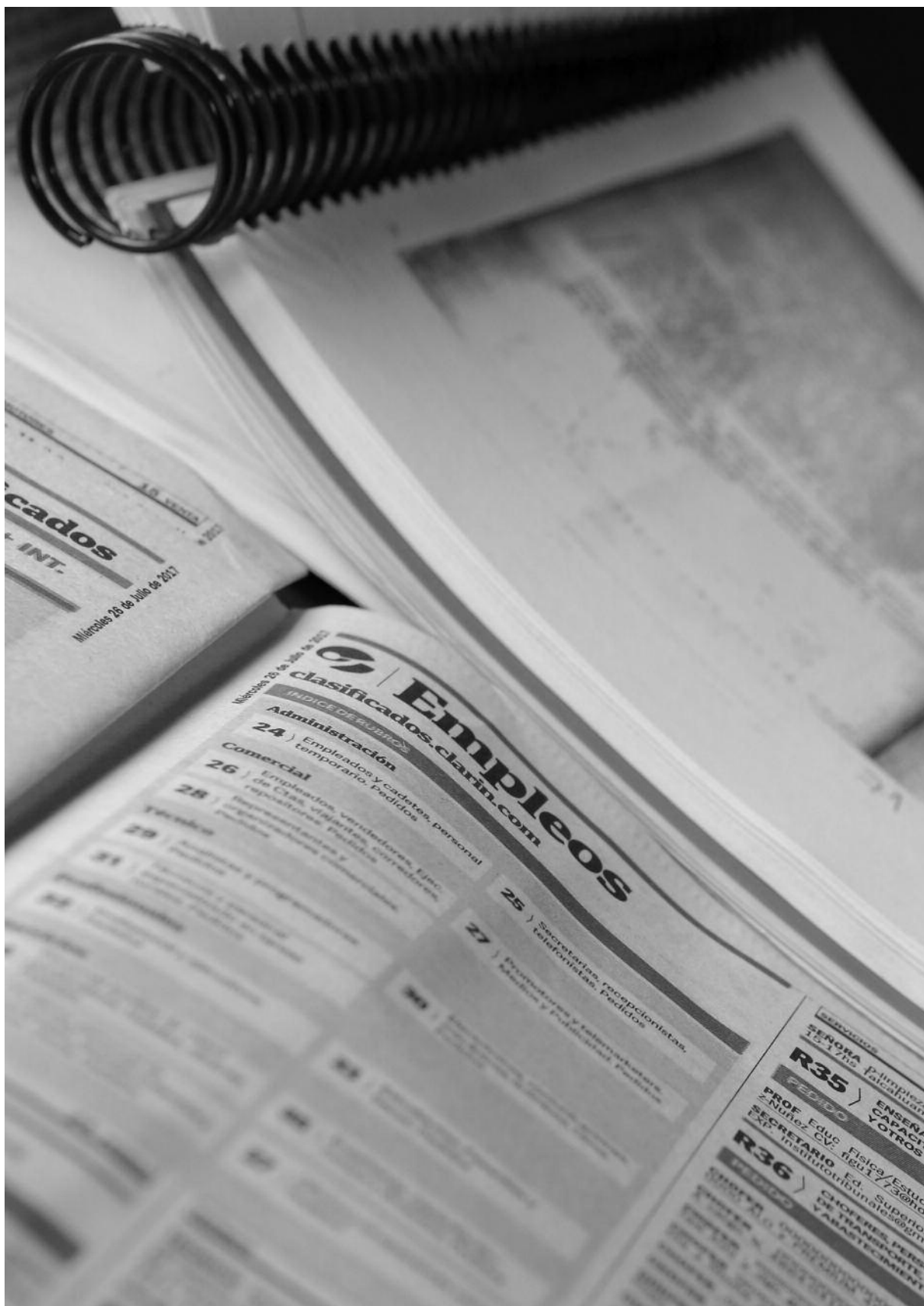
POR PAULINA PERLA ARONSON

Doctora en Ciencias Sociales, UBA. Se especializó en el estudio de la producción de conocimiento en la universidad y en las teorías sociológicas clásica y contemporánea. Profesora de Historia del Conocimiento Sociológico II y Sociología weberiana: concepción científica, racionalización cultural y política moderna, ambas de la Carrera de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales. Dicta cursos de posgrado en distintas universidades nacionales y es docente-investigadora del Programa del Ministerio de Educación. Dirige proyectos de investigación sobre temas de teoría sociológica. Editó recientemente la compilación *La teoría de la complejidad y la complejidad de la teoría sociológica*.

Al calor de los desafíos suscitados por el aumento de la matrícula estudiantil, las significativas modificaciones de las demandas dirigidas a la universidad en virtud de los cambios del mercado ocupacional, la importancia adquirida por los estudios de posgraduados y la relevancia asignada a la investigación, la calidad y la excelencia, las instituciones de educación superior se constituyen en focos sustantivos de numerosos diagnósticos y recomendaciones que procuran reformarlas. Calidad y excelencia se hacen depender estrechamente de las necesidades de un capitalismo que demuestra estar cursando una conmovición de similar o de mayor envergadura que la revolución industrial. Se afirma que sus efectos pueden advertirse en los planos del trabajo, los intercambios, la experiencia, las formas de vida y el poder, conjunto que da forma a lo que ha dado en llamarse "sociedad global de la información" acoplada a una economía con base en la utilización intensiva del conocimiento.

Los argumentos hacen hincapié en la innovación y el progreso tecnológico, cuyos efectos se exteriorizan en la integración de las economías como consecuencia del comercio y los flujos financieros y en paralelo con el aumento de la movilidad de la mano de obra y la transferencia de conocimientos. Ello revela el pasaje desde un modelo arraigado en la producción industrial y el trabajo, a otro afirmado en la información y la capacidad de los distintos países para producirla y gobernarla. La

descripción, que es al mismo tiempo explicación, coloca en un lugar preeminente a las empresas transnacionales, a los expertos en información y a los científicos y profesionales. La idoneidad de las sociedades para dominar las tecnologías estratégicas de la actual etapa histórica del capitalismo constituye uno de los elementos que definen su destino, pues su posesión o su carencia determinan el dinamismo y la capacidad de autotransformarse. Así como en el pasado la productividad era una función de las materias primas, el trabajo humano y los medios de producción, al tiempo que la tecnología servía de nexo entre ellos, hoy la fuente de productividad brota de las tecnologías de generación de conocimiento, del procesamiento de la información y de la comunicación de símbolos. Y aunque antes el conocimiento y la información también cumplieron un papel relevante, la especificidad del nuevo modo informacional consiste en que el conocimiento opera sobre sí mismo, es un producto que agrega valor al conocimiento como insumo. Se trate de naciones, regiones o empresas, la productividad depende de la utilización de tecnologías mucho más flexibles y potentes que las anteriormente conocidas, las que posibilitan que los procesos productivos, además de crear bienes, generen información. Sus repercusiones pueden apreciarse no sólo en las teorías de la nueva economía, sino también en los análisis que subrayan el advenimiento de novedosos modos de trabajar, particularmente en el ámbito de creación del saber. Como



MARTIN SCHIAPPACASSE

► se señala, en relativamente poco tiempo se ha pasado de una visión tecnicista a una conexionalista y estratégica de la gestión de los conocimientos, una nueva cartografía diseñada en torno a las preguntas acerca de quién domina el capital intelectual y en qué lugares precisos se lleva a cabo el proceso de creación de riqueza organizado por fuera de los esquemas de la sociedad industrial. Siguiendo ese derrotero, la investigación cobra la forma de *commodity*, una mercancía valorizable capaz de satisfacer una necesidad y, por eso mismo, susceptible de comercio. A diferencia de la ciencia, comprometida con la búsqueda de la verdad, la investigación es una actividad generadora de conocimiento y proveedora de unidades expertas de potencial humano, sin pretensión alguna de alcanzar la apertura hacia la "experiencia del ser". Con ello, adquiere connotaciones productivas que no sólo la definen de fronteras hacia dentro, sino que la vinculan hacia fuera con la competitividad internacional de las empresas dependientes de la reconfiguración del conocimiento en la forma de innovación tecnológica. A semejanza de las mercancías, el conocimiento -devenido investigación primero e innovación tecnológica después- se produce y se consume, de modo que la creatividad intelectual aplicada al adelanto tecnológico actúa como canon de la investigación académica y queda integrada a la cadena de valor de los procesos productivos.

COMPETENCIAS DE EMPLEABILIDAD, PROFESIONALIZACIÓN DE LOS CUADROS DIRECTIVOS Y PROFESIÓN ACADÉMICA

En este marco, ¿cuáles son las funciones que se espera que realicen las universidades para propiciar el desarrollo de la economía del conocimiento? Según la mayor parte de los estudios, los gobiernos deben contribuir a la generación de un ambiente de competencia asentado en el saber. Además, resulta vital llevar a cabo una vigorosa reforma educativa que utilice eficazmente el conocimiento en rápida expansión. Por último, la asignación de recursos para el desarrollo tecnológico y el fortalecimiento del sistema de investigación, incluyendo instituciones públicas y privadas, constituye un factor imprescindible para fomentar y ensanchar la cooperación entre investigadores de todo el mundo. De esa combinación resulta una matriz sistémica en cuyos límites los empresarios proponen, las instituciones facilitan, los mercados deciden, el conocimiento crece y, en la misma medida, las sociedades progresan. Por tanto, a las universidades incumbe la transmisión de una cantidad de conocimientos proporcional al entendimiento acerca de la naturaleza integral, abierta y compleja de los problemas. Se trata de equipar a los estudiantes con un saber de base polivalente que no ignore las condiciones del mercado mundial, sino que las vuelva a su favor.

En esa dirección, las competencias a ejercitar son las que se concretan en acciones y aplicaciones, y no tanto las que persiguen encontrar significados y regularidades: un conocimiento que no concierne al "ser" sino al "hacer", que al "saber qué" (*know-what*) y al "saber por qué" (*know-why*) añade el "saber cómo" (*know-how*) y el "saber quién" (*know-who*). Si el "saber qué" es de carácter proposicional, el "saber cómo" es procedimental y no contiene formas de comprobación de lo que se sabe; por ende, lo que se evalúa es la *performance*, la actuación o el desempeño. Luego, la condición indispensable para que las universidades se adapten a la proliferación de conocimientos y al cambio permanente radica en ofrecer saberes relativos a la definición y solución de problemas, lo que implica ir más allá de las elucubraciones sobre cómo y por qué suceden las cosas. El espacio así constituido contempla preferentemente las necesidades de los empleadores, quienes buscan disponer de técnicos expertos alineados con la competitividad de las empresas multinacionales -actores principales de la escena económica- que pretenden como nunca antes relegar la intervención de terceros, particularmente el Estado y las empresas gubernamentales¹.

ASÍ COMO EN EL PASADO

LA PRODUCTIVIDAD ERA UNA FUNCIÓN DE LAS MATERIAS PRIMAS, EL TRABAJO HUMANO Y LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN, AL TIEMPO QUE LA TECNOLOGÍA SERVÍA DE NEXO ENTRE ELLOS, HOY LA FUENTE DE PRODUCTIVIDAD BROTA DE LAS TECNOLOGÍAS DE GENERACIÓN DE CONOCIMIENTO, DEL PROCESAMIENTO DE LA INFORMACIÓN Y DE LA COMUNICACIÓN DE SÍMBOLOS.

EN RELATIVAMENTE POCO TIEMPO SE HA PASADO DE UNA VISIÓN TECNICISTA A UNA CONEXIONISTA Y ESTRATÉGICA DE LA GESTIÓN DE LOS CONOCIMIENTOS, UNA NUEVA CARTOGRAFÍA DISEÑADA EN TORNO A LAS PREGUNTAS ACERCA DE QUIÉN DOMINA EL CAPITAL INTELECTUAL Y EN QUÉ LUGARES PRECISOS SE LLEVA A CABO EL PROCESO DE CREACIÓN DE RIQUEZA ORGANIZADO POR FUERA DE LOS ESQUEMAS DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL.

A DIFERENCIA DE LA CIENCIA, COMPROMETIDA CON LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD, LA INVESTIGACIÓN ES UNA ACTIVIDAD GENERADORA DE CONOCIMIENTO Y PROVEEDORA DE UNIDADES EXPERTAS DE POTENCIAL HUMANO, SIN PRETENSÓN ALGUNA DE ALCANZAR LA APERTURA HACIA LA "EXPERIENCIA DEL SER".

Ese formato, denominado competencia de empleabilidad, se origina en la necesidad de disminuir la distancia entre educación y trabajo, especialmente las destrezas transmitidas por la enseñanza técnico-profesional, media y post-secundaria, aunque ulteriormente se extiende al nivel universitario². Tales competencias indican la capacidad de las personas para movilizar saberes que redunden en un exitoso desempeño, pericias y habilidades cuya posesión proviene de la acción profesional propiamente dicha y no tanto de la formación, por lo que poseen un importante componente contextual. Entonces, corresponde incorporarlas como eje de una nueva estructura formativa concentrada en el cultivo de disposiciones que ya no caben en los moldes disciplinares. A la objetividad, la lógica y la racionalidad del conocimiento científico, se agregan elementos subjetivos, analógicos o emocionales como la intuición, la sensibilidad y la expresividad, los que contribuyen al aumento del capital racional y emocional, financiero y relacional, tecnológico y cultural. Al agregar valor a la producción de bienes y servicios, el estímulo de esas cualidades constituye un buen negocio por cuya adquisición debe pagarse el precio fijado por el mercado educativo. A raíz de los beneficios tangibles e intangibles que generan, se relacionan estrechamente con el principio de propiedad, fundamento sobre el que reposa la concepción de un "regreso a las personas". Con ello, se revitalizan las nociones propias de la teoría del capital humano, cuyo origen se remonta a las décadas del 50 y el 60 del siglo pasado. Su uso implica el tratamiento de la educación y el conocimiento desde el ángulo de la teoría económica, de tal modo que pasan a formar parte del universo de los objetos investidos de valor incluidos en la producción y distribución, aunque despojados de los rasgos materiales y concretos de los bienes físicos.

En virtud de que la enseñanza de contenidos generales no hace acepción de personas ni de entornos, la educación cede su lugar al aprendizaje, algo que no alude a la comprensión del mundo, sino al talento para trazar trayectorias ocupacionales que siempre serán móviles, impredecibles e inestables. De ese modo, y bajo la dirección de quienes controlan las dos formas más importantes de capital -el financiero y el intelectual-, se constituye un marco estructural del que provienen reglas y recursos para la práctica científica que cambian tanto el rol de la universidad, como el perfil del estudiantado, además de manifestarse en la conformación de un mercado del aprendizaje

El modelo pedagógico de formación por competencias exhorta a las universidades a adoptar criterios de evaluación interna que faciliten la medición sistemática del logro de los estudiantes; mientras ellos se procuran un portafolio individual que resume su rendimiento, el profesor efectúa un seguimiento caso por caso mediante pautas que ▶

► miden el alcance de la competencia. Desde esa perspectiva, la reforma se monta sobre un isomorfismo que hace equivaler los códigos empleados por las empresas para avenirse al vertiginoso proceso de transnacionalización, con los procedimientos a implementar por las universidades: las empresas se apropian del conocimiento producido por las disciplinas científicas para identificar las respuestas más adecuadas a la nueva situación, y las universidades adoptan el modelo empresarial para mejorar sus propias dificultades de adaptación externa e integración interna. De hecho, se aclara que los valores y la ideología -las convicciones acerca de la realidad, su naturaleza y tratamiento- operan de la misma forma, ya que ambas sirven para enfrentar la incertidumbre, los acontecimientos incontrolables y la multiplicación de alternativas imprevisibles. En consonancia con el perfil otorgado a los egresados, y a medida que la evaluación financiera de los programas académicos, el cómputo de costos y la pertinencia presupuestaria se constituyen en parámetros de tasación del conjunto de actividades, las universidades se aproximan a los estilos procedimentales que rigen en las organizaciones. Internamente, se reorganizan en función de la profesionalización de los cuadros directivos, a quienes se les pide que exhiban competencias para administrar las finanzas y el personal, además de cumplir -en términos cuantitativos racionalmente demostrados- con las metas prefijadas. Además, sus habilidades incluyen la

efectividad en la toma de decisiones, la capacidad para solucionar problemas y manejar conflictos. Así, lo mismo que en cualquier organización, en la universidad debe tenerse a que las ideas individuales coincidan con el propósito general, cuestión que atañe básicamente a las autoridades. En aras del objetivo colectivo, necesita privilegiar mucho más los logros organizacionales que los disciplinares, la colaboración con el entorno económico antes que la autonomía institucional, la contextualización y los métodos de solución de problemas por encima del desarrollo independiente de los claustros.

En cuanto a la profesión académica, la universidad se erige como ámbito en el que el trabajo adquiere la forma de una relación salarial, a la vez que delimita un perfil profesional que ya no se liga al individuo que vive "para" la cultura o el conocimiento, aunque vive "de" ellos. Deviene en un espacio ocupacional, meta de numerosos intelectuales que, al elegirla, contribuyen a instituir un mercado dentro de cuyos límites la tarea académica se concibe como profesión. Si, además, la transmisión de competencias de empleabilidad demanda el entrenamiento en nuevas modalidades ajustadas a la fórmula "el alumno como centro del sistema", el giro también afecta a la docencia. En el marco de la accesibilidad a cuantiosas fuentes de conocimiento constitutivas de un entorno de aprendizaje (learning environment), se insta al abandono del dualismo tradicional entre profesor y alumno, separados entre sí por el propio saber. La asimetría tiende a desaparecer, y con ello la idea de que el maestro es la sede del entendimiento y el alumno, una especie de recipiente vacío en quien deben depositarse las luces fundamentales. Los roles se borronean, el aula deja de ser el centro de la actividad y el liderazgo del profesor declina.

Análogamente, como la labor académica es objeto de rendición de cuentas, evaluaciones extrainstitucionales que la miden en términos de productividad, rendimiento, competitividad e individualización, su cariz profesional se robustece. Ahora, la docencia y la investigación son fuerzas laborales propias del sistema productivo las que, como todas las demás, requieren adiestramiento, actualización y perfeccionamiento a fin de mejorar la calidad del servicio que prestan. Ya no cuenta la disociación entre investigación académica desinteresada de sus aplicaciones e investigación orientada a la resolución de problemas, un subterfugio que a juicio de los críticos sirve para justificar la independencia científica, el control sobre los campos de trabajo, el reparto de recursos y el establecimiento de prioridades, temas y metodologías. El embate contra la autonomía no sólo suspende el interés por las pautas que regulan el análisis disciplinar y por el enriquecimiento conceptual de las diversas ramas del saber, sino que apremia a docentes e investigadores a admitir que se hallan inmersos en una sociedad que ya no extiende cheques en

**LA CREATIVIDAD INTELECTUAL
APLICADA AL ADELANTO TECNOLÓGICO
ACTÚA COMO CANON DE LA
INVESTIGACIÓN ACADÉMICA Y QUEDA
INTEGRADA A LA CADENA DE VALOR
DE LOS PROCESOS PRODUCTIVOS.**

A LAS UNIVERSIDADES INCUMBE LA TRANSMISIÓN DE UNA CANTIDAD DE CONOCIMIENTOS PROPORCIONAL AL ENTENDIMIENTO ACERCA DE LA NATURALEZA INTEGRAL, ABIERTA Y COMPLEJA DE LOS PROBLEMAS.

blanco. La búsqueda del conocimiento por sí mismo no autoriza el usufructo de los fondos públicos, así que ahora debe sellarse un nuevo contrato con la sociedad que exige rendición de cuentas; esto es, desarrollos tecnológicos que legitimen la inversión.

CONCLUSIÓN

Contra un fondo de esas características, irrumpe la noción de pertinencia entendida como distribución social y sostén fundamental de la economía del conocimiento. Precisamente por no considerar el desfase entre las políticas educativas y las mutaciones económicas y laborales, el marcado optimismo de sus adherentes excluye las diferencias entre ambos niveles: los objetivos, tiempos y estrategias de la educación no coinciden con los del aprendizaje; menos aun puede reducirse uno a causa y otro a efecto. No sólo los actores que intervienen son distintos, sino también los espacios sociales e institucionales. A la universidad se le pide que zanje los conflictos del mercado laboral por medio de las competencias de empleabilidad, una función que adquiere el carácter de artículo de fe que opone dogmáticamente lo verdadero a lo falso e imposibilita cualquier estrategia alternativa.

Por lo demás, la impregnación de esos principios sacude las bases de la cultura colegiada, con el consecuente incremento de una modalidad directiva que también incide en la autonomía y la libertad de cátedra. La formación de las mentes es reemplazada por las aspiraciones a una carrera o a un estatus social; el adiestramiento de la personalidad individual obtiene centralidad y la investigación se valoriza más por su utilidad inmediata que por su contribución al bienestar colectivo; el descuido por los aspectos financieros es reemplazado por el cálculo minucioso; y las relaciones académicas se transforman en relaciones laborales. En síntesis, la educación superior universitaria se despoja de su particular racionalidad, convirtiéndose en apéndice del mercado ocupacional y transformándose ella misma en un mercado en sentido propio.

No es que no tengan que brindarse competencias para el desempeño laboral, pero la transmisión de habi-

lidades autogestivas tiende a oscurecer las dimensiones cognitiva, social y valorativa. Sin embargo, dado el extendido malestar que marca al quehacer universitario, cabe interrogarse sobre sus motivos: los problemas de la enseñanza y la investigación, ¿son producto del atraso con respecto a la velocidad de cambio de las tecnologías y del acceso a la información? ¿El encierro dentro de sus límites es la causa de cierta superficialidad asignada al conocimiento producido en su seno? ¿La preeminencia de la investigación agranda la brecha con la docencia? La tensión entre decisiones e imposiciones juega un rol fundamental en la vida universitaria y plantea la siempre renovada problemática acerca de la existencia de una racionalidad de fines -calculadora, eficiente y supeditada a normativas heterónomas- y una racionalidad valorativa -reflexiva, deliberativa y cuidadosa de los principios que la inspiran.

Queda por saber si los actores universitarios podrán combinar la investigación sobre temas urgentes en términos del mejoramiento de la situación social y si encontrarán la clave para transmitir habilidades que superen el concepto de competencia de empleabilidad, pero que al mismo tiempo cooperen a la obtención de un puesto de empleo. Un balance ciertamente espinoso. •

Notas

¹ Pese a su inicial dependencia de los puestos de empleo ofrecidos en el mercado, se consolida una clase de expertos que pone la cultura y el saber al servicio de su propia autonomía. Lo mismo que las empresas, reclaman -y frecuentemente llegan a concretarla- una independencia que procede de su conocimiento especializado; mientras las compañías se valen de su propio capital y especialización para impedir la injerencia de quienes podrían doblegar su eficiencia económica y financiera planetaria, los nuevos expertos recurren a su conocimiento para solicitar reconocimiento e influencia en los asuntos públicos y privados.

² Instituciones de distintos países latinoamericanos ya han implementado políticas de transformación de los planes de estudio o están pensando estrategias para llevarlas a cabo. Las universidades chilenas llevan la delantera, y su intención deliberada es contribuir al aumento de la productividad de las empresas y a la inserción del país en una economía abierta y competitiva.